

Ramón y Pedro

I

El estudio de la vida y de la obra del pensador extremeño Don Juan Donoso Cortés, con motivo de su centenario, ha llegado a un punto culminante. Ilustres personalidades de España y de la Europa Católica, no dan paz a la lengua o a la pluma en trabajos periodísticos, ensayos y revistas, conferencias, antologías y libros de crítica o de biografía, anhelantes de conocer tan prestigiosa personalidad y de discriminar el pensamiento donosiano. Extremadura no va a la zaga en este banquete espiritual, hacia uno de sus hijos más ilustres.

Un poco alejados, por nuestra parte, del tema esencial de la obra de Donoso, queremos dedicarle unas notas en su mayoría autobiográficas, de amena e intrascendente literatura. No hace mucho tiempo durante la visita que hicimos al pueblo de Don Benito con motivo de la celebración de unas solemnes honras fúnebres, por el alma de Donoso, con asistencia de representaciones del Gobierno de la Nación y autoridades provinciales, ante la presencia de sus familiares más allegados al decimonónico tribuno, dando guardia al catafalco, envuelta la imaginación en los cantos litúrgicos de la masa coral, nos llegó a la memoria el recuerdo de otros parientes cercanos de Donoso Cortés a quienes tratamos en nuestra juventud y a los que pretendemos describir ahora.

II

Ramón y Pedro eran descendientes de un hermano de Juan Donoso llamado Pedro, nacidos en Don Benito y los dos militares de profesión. Pertenecíamos los tres al regimiento de infantería de Castilla, uno de los que custodiaba la plaza fronteriza y amurallada de Badajoz, ciudad un poco triste, de vida monótona y tranquila, en nuestra juventud. En el interior del recinto, a los pies de la alcazaba, bullían las mismas rencillas, envidias y pasiones que en todo poblado.

Ramón era ya mayor que nosotros, ya Capitán. De joven tenía un tipo currutaco, más bien rechoncho y moreno. Se acicalaba y estirábase con cierta gallardía bélica. Aficionadísimo a los toros, lle-

vaba, en días de feria, un terno gris, ajustado, y sombrero de ala ancha. Sentía la influencia de los señoritos badajocenses tocados de andalucismo y no perdía «corrida» ni las «encerronas» organizadas por los socios del Casino de Señores, con chotitos y sangrías, durante los veranos calurosos. A pesar de todo, el carácter de los dos hermanos Donoso Cortés era retraído. Más meticoloso y raro el de Ramón.

Preocupábanse de sus ropas de paisano, de sus viajes a Don Benito, de sus obligaciones sin que les atrajesen bailes, diversiones, ni los paseos románticos con las muchachas. Pedro, sobre todo, era hombre de temperamento frío, rubio, con cierto mohín de displicencia, atildado, más delgado y alto que Ramón con algo de tiesura londinense. Recordaba por su empaque a su antepasado el gran Donoso.

La vida de cuartel era siempre igual: Limpieza, comidas, instrucción y revista: - ¡A la orden! ¡Sin novedad!, partes, estadillos y relaciones. La inteligencia usábase con avaricia. En las guardias, los oficiales entreteníanse en poner cruces en las márgenes del Anuario Militar, a sus compañeros y superiores muertos en paz.

Perico Donoso era de mi promoción de la del 98, la última de cursos cortos al terminar la guerra de Cuba. Buenos amigos. No fué feliz en su matrimonio. Durante unos años, ausente de Badajoz, casó con una muchacha de familia distinguida y a raíz de la boda, sin escándalo, separáronse para siempre. A pesar de nuestra intimidad jamás me habló ni aludió a este fracaso. Pasó largo tiempo de soledad en medio del tumulto de Madrid, con estancias repetidas en Don Benito. Inteligente, en sus postreros días regresó a Badajoz, ya retirado, donde nos veíamos con frecuencia, envejecidos. Aficionado a la lectura me pedía libros de ensayo y de filosofía. Se marchó acaso al pueblo y a los pocos meses me dieron la noticia de su fallecimiento.

III

Ramón de capitán y Pedro y yo de tenientes, estuvimos, los tres juntos, unos días en Lisboa formando parte de la Comisión que, por orden telegráfica, asistió a los funerales del Rey Don Carlos de Braganza y su hijo el príncipe D. Felipe, víctimas trágicas de los carbonarios en el «Terreiro do Paço», ametrallados cuando regresaban con la reina Amelia de Villaviciosa al Palacio de las Necesidades. El rey Don Carlos era Coronel Honorario del Regimiento de Castilla.

Por cierto que antes de que saliésemos en el tren portugués hacia Lisboa, estuvo a punto de surgir un conflicto internacional, debido a una confusión del telegrafista de servicio. Tomó equivocadamente «Comisión» por «Batallón» y quedó formado con rapidez el 1º de Castilla en el patio del cuartel de San Francisco, después del toque de generala por todas las esquinas con la consiguiente alarma del pacífico vecindario. Se rectificó a tiempo y cuando al amanecer del otro día, nos apeamos en la estación del Rocío y sentimos aquel

ambiente de tragedia nos dimos cuenta de lo que pudo suceder si desembarca un batallón de soldados españoles con bayonetas y fusiles.

En nuestros paseos por las calles de Lisboa llamábamos la atención de las gentes, que nos miraban con curiosidad. Estuvimos varias veces en Palacio. En el gabinete particular del Rey y después en la capilla regia dimos guardia de honor a los cadáveres del padre y del hijo. El día de las exequias en la Iglesia de San Vicente, desde un graderío, cubierto, como en un anfiteatro, de un enjambre de uniformes militares y diplomáticos de todos los países en un contraste de colorines y entorchados presenciarnos la llegada de los féretros y el desfile de toda la guarnición.

Hicimos excursiones a Cintra, Los Estoriles y Cascaes. Y, pergeñé una «crónica» del paseo a Cascaes en una tarde libre de etiquetas palaciegas, describiendo el camino entre mar y tierra, cargado de camelias, pinos y *saudades*, frente al recinto amurallado del Palacio Real, a lo largo de los fosos obstruidos—decía—elevábanse como sombras al atardecer, acacias y palmeras. Una hierba oscura, aterciopelada subía por los baluartes de la vieja *Cidadella* contorneando las almenas. La mole de piedra, a la luz montecina del crepúsculo atormentaba en su soledad como una pesadilla.

El cielo sin colores, el ruido monótono del mar y el silencio, el enorme silencio, parecía llorar desconsolado la ausencia trágica de sus moradores. Se publicó traducido al portugués en el diario «As Novidades» de Lisboa en el mes de Enero de 1908.

De noche, vestidos de paisano, acudíamos a los bailes y a toda clase de «pandígas» y diversiones, impasibles a tanto dolor y desventuras reales, sin prever el futuro luctuoso cargado de crímenes y revueltas de nuestros hermanos con la inconsciencia de nuestra dorada juventud.

IV

A los dos o tres días recibí por el correo interior un billete perfumado, con letra de mujer, invitándome a visitarla sin que su nombre, María Luisa Guerra, trajese a mi memoria a alguna olvidada amiga: «He sabido por el *Diario de Lisboa*—me decía—que está usted aquí y desearía verle con mucho interés. A las siete de la tarde en mi casa, calle de la Revuelta, núm. 7, principal.

—¡Una conquista! grité orgulloso a mi amigo Perico. Y la noticia se difundió en seguida por todos los comedores y habitaciones del Hotel Braganza, donde nos hospedábamos los compañeros de comisión.

Impaciente por tan larga espera—casi veinticuatro horas—llegó el momento deseado; pedí un coche de alquiler, dí la dirección de la misiva, soñando con una aventura donjuanesca, según sucedía al protagonista de las novelas finiseculares y por un laberinto de calles de un arrabal llegué a la casa. Presa de nerviosismo y curiosidad llamé a la puerta y apareció en el dintel, en vez de la princesa en-

cantada, una señora de carnes fofas, pintarrajeada y oliendo a pachulí. Le presenté la carta color rosa y sorprendida me confesó un poco azorada su error al haber confundido mi nombre con mi homónimo el General Segura, a quien yo conocía en el ejército por sus hazañas en las guerras coloniales.

Baluceé una despedida malhumorada y retrocedí cabizbajo pensando en las burlas que me esperaban de mis compañeros al regresar al Hotel Braganza.

Ramón Donoso Cortés, el más viejo de los dos hermanos, sufrió un cambio corporal impresionante. Se inició una regidez en el cuello y después en la espina dorsal de origen reumático. Recuerdo que le ponían un puñado de abejas en el cogote donde libaban como si le hubiese florecido. Un remedio inútil que nos producía gran desasosiego. Con los años y molestias, su cuerpo íbase curvando lentamente, paso a paso. Ya muy maduro contrajo matrimonio. Siempre meticuloso y detallista en sus quehaceres, se fueron acentuando sus rarezas hasta dar en unas prácticas religiosas y lecturas de problemas sociales. Demilitar retirado convirtióse en activo militante. Su fervoroso proselitismo le llevó a escribir trabajos extensos que conseguía publicar en el periódico de la localidad. En una prosa densa defendía teorías socialistas proclamadas en Encíclicas con un ardor bélico implacable. Sus amigos ante un número infinito de cuartillas le temíamos más que si esgrimiese su espada. Ante el afán de leer-nos las huías aterrados.

Pedro y Ramón Donoso Cortés, los dos hermanos, cada uno en un estilo, fueron modelos de caballerosidad. Los dos refugiábanse con frecuencia en su pueblo natal con sus familiares, evocando la figura elegante del diplomático, del ilustre antepasado Don Juan Donoso Cortés a quien reverenciaban. Pedro releía sus obras doctrinales en aquella biblioteca donosiana soñando con haber seguido las huellas de su pariente el pensador extremeño.

Hemos penetrado en el salón isabelino con el estrado cubierto de fundas blancas, almidonadas. Del lienzo central de pared pende la figura juvenil, aristocrática, del ilustre diplomático Don Juan Donoso Cortés, debida al pincel de Federico Madrazo. Estamos en una mansión familiar del pueblo de Don Benito. Giran los goznes enmohecidos de las contraventanas y se expande un vaho de humedad.

En estos lugares, casi olvidados, la vida se remansa, el tiempo no anda, como el reloj parado, y el alma contempla a su sabor el pasado hecho presente. Vemos a estos ilustres personajes con sus mismos rostros, sus miradas, sus vestidos y oímos sus palabras, esa palabra lírica y apasionada de Don Juan Donoso. El marqués de Valdegamas rodeado de los suyos al que escuchamos sin pestañear. Ahora está delante de nosotros, Pedro Donoso Cortés, Perico Donoso, mi compañero de promoción, mi buen amigo, el que nos cuenta, con el gesto peculiar de su fisonomía y su bigotito rubio, una historia, una anécdota que vivimos juntos en la juventud.